

mejor, conquistando por sí misma su preponderancia sobre el mundo material.

Si el hombre hubiera sido creado feliz y perfecto, hubiera quedado confundido en la perfección divina; no hubiera podido individualizar el principio espiritual que hay en él. No hubiera tenido ni trabajo, ni esfuerzos, ni progreso en el universo; nada más que la inmovilidad, la inercia. La evolución de los seres habría sido reemplazada por una triste y monótona perfección. Tal sería el paraíso del catolicismo.

Debido al látigo de la necesidad, al aguijón del anhelo y del dolor, el hombre marcha, avanza, se eleva, y de vidas en vidas, de progreso en progreso, llega á imprimir en el mundo el sello de su inteligencia y de su dominación.

Lo mismo sucede con el mal moral. Como el mal físico, no es más que un aspecto pasajero, una forma transitoria de la vida universal. El hombre hace el mal por ignorancia, por debilidad, y sus actos reaccionan en él. El mal es la lucha que se produce entre las potencias inferiores de la materia y las superiores que constituyen su sér pensante, su verdadero yo. Pero del mal y del sufrimiento nacerán un día la felicidad y la virtud. Cuando el alma haya vencido las influencias materiales, gozará de esa quietud feliz, como si el mal jamás hubiera existido.

No es, pues, el infierno el que lucha contra Dios; no es Satán quien echa sus redes en el mundo. No. Es el alma humana que busca su camino en la sombra, es ella la que se esfuerza por mantenerse en su personalidad grandiosa y, después de muchos desfallecimientos, de caídas frecuentes y de benéficas reacciones, doma sus vicios, conquista la fuerza moral y la verdadera luz. Así, lentamente, de edad en edad, al través del flujo y reflujo de las pasiones, se acentúa el progreso y se realiza el bien.

El imperio del mal está en los mundos inferiores y tenebrosos; es la multitud de almas atrasadas que se agitan en las vías del error y del crimen, girando en el círculo de las existencias

anateriales, y sujetas á duras pruebas, bajo el látigo del dolor; saliendo lentamente de ese abismo de sombra, de egoísmo y de miseria para iluminarse con los rayos de la ciencia y la caridad. Satán, es la ignorancia, es la materia y sus groseras influencias; Dios, es el conocimiento, es la claridad sublime, cuyo reflejo ilumina toda conciencia humana.

La marcha de la humanidad se proseguirá hacia las alturas. El espíritu moderno se emancipará más y más de los prejuicios del pasado. La vida perderá el aspecto feroz de los siglos de hierro, para convertirse en campo pacífico y fecundo en que el hombre trabajará en el desarrollo de sus benéficas aptitudes y de sus cualidades morales.

El mal no se ha extinguido aún en la Tierra, ni la lucha ha concluido. Los vicios, las pasiones, enraizan en el fondo del alma humana. Son de temerse tempestades sociales y conflictos terribles. Por donde quiera parece percibirse el sordo ruido de conflagraciones, y escucharse voces que piden justicia.

La lucha es muchas veces necesaria en los mundos de la materia; necesaria para arrancar al hombre de su embotamiento, de sus groseros placeres, para preparar el advenimiento de una sociedad nueva. Como la lumbre se desprende al choque del pedernal, así, del choque de las pasiones puede surgir una idea nueva, una forma más alta de la justicia, según la cual la humanidad modelará sus instituciones.

El hombre moderno ya siente aumentar en sí la conciencia de su papel y de su valor. Muy pronto se sentirá adherido al universo, participando de su vida inmensa; será para siempre el ciudadano del cielo. Por su inteligencia, por su alma, el hombre sabrá obrar, colaborar en la obra universal: se convertirá á su vez en creador, obrero de Dios.

La nueva revelación le habrá enseñado á conocerse, á conocer la naturaleza del alma, su papel y sus destinos. Esta le dará á conocer el doble poder que posee sobre el mundo de la materia y sobre el mundo del espíritu. Todas las incoherencias,

todas las aparentes contradicciones de la obra divina se explicarán para él. Lo que él llamaba el mal físico y el mal moral, todo lo que le parecía la negación del bien, de lo bello, de lo justo, todo se unificará en la síntesis de una obra poderosa y fuerte, en la armonía de leyes sabias y profundas. El hombre verá disiparse el espantoso sueño, la pesadilla de la condenación, elevará su alma hacia el espacio que llena el pensamiento divino, hacia el espacio de donde desciende el perdón de todas las faltas, el rescate de todos los crímenes, el consuelo para todos los dolores; hacia el espacio espléndido donde reina la misericordia eterna.

Los poderes del infierno serán desvanecidos para siempre; el reino de Satán habrá tocado á su fin; el alma, emancipada de sus terrores, se reirá de los fantasmas que tan largo tiempo la han espantado.

* * *

¿Hablaemos de la resurrección de la carne, dogma según el cual los átomos de nuestro cuerpo carnal, desmenuzados, dispersos en mil cuerpos nuevos, deben reunirse un día, reconstituir nuestra envoltura y comparecer en el último juicio?

Las leyes de la evolución material, la circulación incesante de la vida, el giro de moléculas que pasan en innumerables corrientes, de formas en formas, de organismos en organismos, hacen inadmisibile esta teoría. El cuerpo humano se modifica constantemente; los elementos que lo componen se renuevan enteramente en menos de siete años. Ninguno de los átomos actuales de nuestra carne se volverá á encontrar en la muerte, por poco que se prolongue nuestra vida, y aquellos que constituyeron entonces nuestra envoltura serán dispersos en el espacio.

La mayor parte de los padres de la Iglesia lo entendían de otra manera. Conocían la existencia del periespíritu, de ese

cuerpo fluidico, sutil, imponderable, que es la envoltura permanente del alma, antes, durante y después de la vida terrestre: los padres de la Iglesia le llamaban cuerpo espiritual. San Pablo, Orígenes y los Padres alejandrinos afirmaban su existencia. En su concepto, el cuerpo de los ángeles y el de los elegidos, formados de este sutil elemento, "eran incorruptibles, ligeros, tenues, y en gran manera ágiles."¹

De esta manera no atribuían la resurrección más que á aquel cuerpo espiritual, el cual resume en su substancia, quintesenciada todas las groseras envolturas, todos los atavios perecederos que el alma ha revestido, abandonados después, en sus peregrinaciones al través de los mundos.

El periespíritu, penetrando con su energía todas las materias pasajeras de la vida terrestre, merece sólo, en efecto, el nombre de cuerpo.

La cuestión, por lo tanto, estaba simplificada. Dicha creencia de los primeros Padres en el cuerpo espiritual, arrojaba, por otra parte, bastantes luces acerca del problema de las manifestaciones ocultas.

Tertuliano dice (*De carne Christi*, cap. VI):

«Los ángeles tienen un cuerpo que les es propio y pueden «transfigurarse en carne humana; pueden, por cierto tiempo, «manifestarse á los hombres y comunicarse visiblemente con «ellos.»

Hágase extensivo á los espíritus de los muertos el poder que Tertuliano atribuye á los ángeles, y se tendrá explicado el fenómeno de las materializaciones y de las apariciones.

Por otra parte, si se consulta con atención las Escrituras, se notará que el grosero sentido atribuido en nuestros días por la Iglesia á la resurrección no está de manera alguna justificado. No se encontrarán los términos: "resurrección de la carne," sino más bien "resucitar de entre los muertos" (a "mortuis

¹ Véase la nota complementaria núm. 9.

resurgere), y, en un sentido más general, la resurrección de los muertos (*resurrectio mortuorum*). La diferencia es grande.

Según los textos, la resurrección, tomada en el sentido espiritual, es el renacimiento á la vida en el más allá; es la espiritualización de la forma humana para aquellos que son dignos de ello, y no la operación química que reconstituiría los elementos materiales: es la depuración del alma y de su periespíritu, tejido fluidico en el cual está formado el cuerpo material en el tiempo de la vida terrestre.

Es lo que el Apóstol se esforzaba en hacer entender:

«El hombre está sembrado en la corrupción,¹ y se reconstruye en la incorruptibilidad; está sembrado en la ignominia, y se reconstruye en la gloria; está sembrado en la enfermedad, y se reconstruye en el poder. *Es sembrado cuerpo animal, y se reconstruye cuerpo espiritual*. Yo os lo digo, hermanos míos, la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción heredar la incorruptibilidad.»

Algunos teólogos adoptan esta interpretación, dando á los cuerpos resucitados propiedades desconocidas para la materia carnal, haciéndolos "luminosos, ágiles como espíritus, sutiles como éter, é impasibles."²

Tal es el verdadero sentido de la resurrección de los muertos, como la entendían los primeros cristianos. Si se ve, en época posterior, aparecer en ciertos documentos, y en particular en el simbolo aprócrifo de los apóstoles, la palabra *resurrección* de la carne, es siempre en el sentido de reencarnación,³ — es decir, la vuelta á la vida material,— acto por el cual el alma revisita una nueva carne para recorrer el camino de sus existencias terrestres.

¹ *I Epist. á los Cor.*, XV, 42, 50 (traducido del texto griego); véase también XV, 52, 56; *Epist. á los Filip.*, III, 21. San Juan, V, 28 y 29; San Ignacio, *Epist. á los Tral.* IX, 1.

² Abate Petit, *La Renovación Religiosa*, pp. 48-53. Véase también al fin la nota núm. 9.

³ Abate Petit, obra citada, p. 53, l. 8.

* * *

El cristianismo, con el triple aspecto que ha revestido en nuestros días: catolicismo romano, protestantismo ortodoxo ó religión griega, no ha sido constituido de una vez y en un momento, como creen algunos, sino lentamente, con el transcurso de los siglos, en medio de vacilaciones, de encarnizadas luchas y de profundos desquiciamientos. Cada dogma edificándose sobre otro, venía á afirmar lo que en los tiempos anteriores se había negado. El mismo siglo XIX ha visto promulgados de los dogmas más discutidos, los más controvertidos, el de la inmaculada concepción y el de la infalibilidad papal, de los que un sacerdote católico de gran valía ha podido decir:

“Inspiran poca veneración cuando se ve la manera como se han instituido.”¹

Sin embargo, esta obra de los siglos, de la que la tradición eclesiástica ha hecho una doctrina ininteligible, habria podido convertirse en vestidura de una religión razonable, conforme á los datos de la ciencia y á las exigencias del sentido común, si, en lugar de tomar cada dogma á la letra, se hubiera visto en él una imagen, un transparente simbolo.

Despojando el dogma cristiano de su carácter sobrenatural, casi siempre podria encontrarse en él una idea filosófica, una enseñanza substancial.

Por ejemplo, la Trinidad, definida por la Iglesia “un solo Dios en tres personas,” no sería, en este punto de vista, más que un concepto del espíritu, representando la Divinidad bajo tres aspectos esenciales: la Ley, viva é inmutable, es el Padre; la Razón ó la Sabiduría eterna, el Hijo; el Amor, fuerza creadora y fecunda, el Espíritu Santo.

¹ Padre Archal, *El Espíritu Consolador*, p. 24.

La encarnación del Cristo, es la divina sabiduría descendiendo del cielo á la humanidad, y tomando cuerpo, para formar un tipo de perfección moral ofrecido como ejemplo á los hombres.

De esta suerte se podrían explicar, de un modo sencillo, claro, racional, todos los dogmas antiguos del cristianismo, aquellos que emanan de la doctrina secreta enseñada en los primeros siglos, y de la cual se ha perdido la clave y desconocido el sentido.

En cuanto á los dogmas modernos, no puede verse en ellos más que el resultado de la ambición sacerdotal. Han sido promulgados para hacer más completa la esclavitud de las almas.

Mas por profundo que sea el pensamiento filosófico oculto bajo el simbolo, no será suficiente, en lo sucesivo, para efectuar la restauración de las creencias humanas. Las leyes superiores y los destinos del alma nos son revelados por voces más autorizadas que las de los pensadores de la antigüedad, las de los seres que habitan el espacio y viven de esa vida fluidica que será un día la nuestra.

Esta revelación servirá de base á las creencias del porvenir, porque entraña la demostración deslumbrante de ese más allá de que está sedienta el alma, de ese mundo espiritual á que aspira, y que las religiones le han presentado hasta ahora bajo formas tan incompletas como quiméricas.

* * *

La explicación racional de los dogmas puede extenderse á los sacramentos, instituciones respetables, si se les considera como figuras simbólicas, como medios sugestivos y de disciplina religiosa: pero que no se deben tomar á la letra en el sentido impuesto por la Iglesia.

Lo que hemos dicho del pecado original nos conduce á considerar el bautismo como simple ceremonia de iniciación, pues el agua es impotente para purificar el alma de sus manchas.

La confirmación ó imposición, de las manos es el acto de transmisión de los dones fluidicos, del poder del Apóstol á otra persona. Tal poder sólo se justifica por los méritos adquiridos en las vidas anteriores.

La penitencia y la remisión de los pecados han dado origen á la confesión, pública al principio y hecha directamente á Dios; después auricular en la Iglesia católica, y dirigiéndose al sacerdote. Este, convertido en único árbitro, ha juzgado indispensable este medio para aclarar y discernir los casos en que la absolución es merecida. Pero ¿puede siempre fallar con certidumbre? La contrición del penitente, nos dice la Iglesia, es necesaria. ¿Y cómo establecer que es real y suficiente dicha contrición? La decisión del sacerdote proviene de la confesión de las faltas; y ¿es siempre cierto que dicha confesión sea completa?

Si consultamos los textos en que se funda la institución de la confesión,¹⁹ no encontraremos en ellos más que una cosa: que el hombre debe convenir en que sus agravios dañan al prójimo, que debe confesar sus faltas delante de Dios. De tales textos se deduce más bien esta consideración: la conciencia individual es sagrada y depende directamente de Dios. Nada hay en ellos que justifique pretensión del sacerdote de erigirse en juez.

Si San Pablo, hablando de la comunión y de aquellos que son dignos de ella, dice:

«Que cada uno se pruebe á si mismo» (*I Epistola á los Corintios*, XI, 28), permanece mudo en lo que concierne á la confesión, considerada en nuestros días como indispensable en semejante circunstancia.

¹⁹ Mateo, III, 6; Lucas, XVIII, 3; Santiago, Epist. III, 16; Juan, I, Epist., I, 8, 9, II, 1, 2.

San Juan Crisóstomo, en un caso semejante, exclama:

«Revelad vuestra vida á Dios, confesad vuestros pecados á Dios, confesadlos á vuestro juez, rogándole, *si no de palabra*, al menos mentalmente, y suplicadle de tal manera, que os «perdone» (Homilía XXXI, sobre la Epíst. á los hebreos.)

La confesión auricular nunca fué practicada en los primeros tiempos del cristianismo; tal institución no viene de Jesús, sino de los hombres.

En cuanto á la remisión de los pecados, deducida de las célebres palabras del Cristo: "*Lo que es ligado en la tierra, atado será en el cielo*," parece que tales palabras se aplican más bien á las costumbres, á los gustos materiales contraídos por el espíritu durante la vida terrestre y que lo encadenan fluidicamente á la tierra después de su muerte

Después viene la eucaristía ó presencia real del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, la hostia consagrada, el sacrificio de la cruz renovado todos los días, en los mil altares de la catolicidad á la voz del sacerdote, y la absorción por los fieles del cuerpo vivo y de la sangre del Cristo, según la fórmula del catecismo del concilio de Trento:

«No es solamente el cuerpo de Jesucristo el que está contenido en la Eucaristía, con todo lo que constituye un cuerpo verdadero, como los huesos y los nervios: es Jesucristo entero.»

¿De dónde viene este misterio afirmado por la Iglesia? De las palabras de Jesús tomadas á la letra, y que tenían un carácter meramente simbólico. Evidentemente, el Cristo sólo quiso hablar de su cuerpo espiritual, personificando al hombre regenerado por el espíritu de caridad y de amor. La comunión entre el sér humano y la naturaleza divina se opera por la unión moral con Dios, se realiza por los vuelos del alma hacia su Padre, por constantes aspiraciones hacia el foco divino. Toda ceremonia material es vana, si no corresponde á un estado elevado del pensamiento y del corazón.

* * *

El culto religioso es homenaje legítimo rendido al Todopoderoso, es la devoción del alma hacia su Creador, la relación natural y esencial del hombre con Dios. Las prácticas de este culto son útiles; las aspiraciones que despiertan, la poesía consoladora que él inspira, son apoyo para el hombre y protección contra sus pasiones. Mas para hablar al espíritu y al corazón del creyente, el culto debe ser sobrio en sus manifestaciones, debe renunciar á la ostentación de riquezas materiales, siempre nociva para el recogimiento y la oración. No debe dejar resquicio para supersticiones pueriles. Sencillo y grande en sus formas, debe producir la severa impresión de la majestad divina.

En las edades remotas, el culto exterior casi siempre ha excedido de los límites que le asigna la fe pura y elevada. Impulsado por el fanatismo religioso, que resulta de su ignorancia y de su inferioridad moral, el hombre ha ofrecido á la divinidad sacrificios sangrientos; el sacerdote ha encerrado al espíritu de las generaciones en una red de ceremonias terrificas.

Los tiempos han cambiado; la inteligencia se ha desarrollado; las costumbres se han dulcificado, pero la opresión sacerdotal se manifiesta aún en nuestros días, en esos ritos bajo los cuales la idea de Dios se vela y se obscurece, en ese ceremonial cuyo lujo y esplendor cautivan los sentidos y desvían al pensamiento del fin elevado que persigue. ¿No se nota bajo ese fausto, bajo esas pompas brillantes del catolicismo un espíritu de dominación que intenta invadirlo, ligarlo todo, y con formas diversas y prácticas exteriores, alejarse más y más del verdadero ideal cristiano?

Es necesario, es urgente que el culto rendido á Dios se con-

vierta en sencillo, austero en su principio como en sus manifestaciones. ¡Qué progresos se realizarían, si el culto practicado en la familia, permitiese á todos sus miembros agrupados y con respetuoso recogimiento, elevar, en un arraque de fe, sus pensamientos y sus corazones hacia el Eterno; si, en épocas determinadas, todos los creyentes se reuniesen para oír de una boca autorizada la palabra de verdad! Entonces la doctrina de Jesús, mejor comprendida, sería amada y practicada; el culto, convertido en humilde y sincero, ejercería su acción eficaz en las almas.

A pesar de todo, el culto romano se obstina en conservar fórmulas tomadas de las antiguas religiones orientales, formas que ya nada dicen al corazón y son hábito rutinario para los fieles, sin influencia en su vida moral. Persiste en dirigirse á Dios, después de dos mil años, en una lengua que no se entiende ya, con palabras que murmuran los labios, pero de las que no se comprende el sentido.

Todas sus manifestaciones tienden á desviar al hombre del estudio profundo y de la reflexión, para desenvolver en él la vida contemplativa. Las largas oraciones y el ceremonial deslumbrante ocupan los sentidos, mantienen la ilusión y habitúan al pensamiento á funcionar mecánicamente, sin el concurso de la razón.

Todas las formas del culto romano son legado del pasado. Sus ceremonias, sus vasos de oro y de plata, sus cantos, sus procesiones, el agua lustral, son herencia del paganismo! Del brahmanismo ha tomado el altar, el fuego sagrado que arde en él, el pan y el vino que el sacerdote consagra á la Divinidad. Del budhismo ha copiado el celibato eclesiástico y la jerarquía sacerdotal.

Se ha verificado una lenta sustitución, en la que se vuelven á encontrar los vestigios de las creencias desvanecidas. Los dioses paganos se han convertido en demonios. Las divinidades de los Fenicios y de los Asirios, Baal Zeboud (Belzebú)

Aztaroth, Lucifer, fueron transformados en potencias infernales. Los heroes, los personajes reverenciados en la Galia, en Italia, en Grecia, han ascendido á la categoría de santos. Se conservó las fiestas de los pueblos antiguos, dándoles formas apenas diferentes, como la de los Muertos. El culto nuevo se ha ingertado en el antiguo, del que es, con otros nombres, la reproducción. Los mismos dogmas cristianos se encuentran en la India y en la Persia.

El Zend Avesta,¹ como la doctrina cristiana, contiene las teorías de la caída y de la redención, la de los buenos y de los malos ángeles, la desobediencia primitiva del hombre y la necesidad de la salvación por la gracia.

En medio de este conjunto de formas materiales y de añejas concepciones; en medio de esta fatigosa herencia de religiones desaparecidas que constituyen el cristianismo moderno, casi no se reconoce el pensamiento de su fundador. En efecto, los autores del Evangelio no habían previsto ni los dogmas, ni el culto, ni el sacerdocio. Nada semejante se encuentra en el pensamiento evangélico. Nadie ha estado menos imbuido que Jesús en el espíritu sacerdotal; nadie ha sido menos partidario de las formas, de las prácticas exteriores. Todo en él es sentimiento, elevación de la idea, pureza del corazón y sencillez.

En este punto, sus sucesores han desconocido completamente sus intenciones. Impulsados por los instintos materiales que dominan en la humanidad, han sobrecargado la religión cristiana de un aparato pomposo, bajo el cual se ha sofocado su idea primitiva. Pero tarde ó temprano, el pensamiento del Maestro, restablecido en su prístina pureza, brillará con nuevo esplendor. Las formas religiosas pasarán, las instituciones humanas se desquiciarán, la palabra del Cristo vivirá eternamente para vivificar las almas y regenerar las sociedades.

¹ Emilio Burnouf. *La ciencia de las religiones*, p. 222.